

-¡Aah, aah -dijeron simultáneamente los ciento sesenta y dos, como si estuvieran mirando fuegos artificiales.

El joven sacó un puñado de minúsculas cajitas de píldoras.

-Ahora -dijo con voz perentoria- id viniendo, haced el favor. Uno por uno, y sin empujar.

Uno a uno y sin empujar avanzaron los gemelos. Primero dos hombres, luego una mujer, luego otro hombre, después tres mujeres, después...

El Salvaje permaneció mirándolos. "¡Oh magnífico mundo, mundo nuevo....!" En su mente, las sonoras palabras parecieron cambiar de tono. ¡Se habían burlado de él en su miseria y remordimiento, burlado de él y con qué tono odioso de cínico sarcasmo! Riéndose diabólicamente, habían insistido en su inmundicia vileza, la nauseabunda fealdad de aquella pesadilla. Ahora, de pronto, clarineaban una llamada al arma. "¡Oh, magnífico mundo, mundo nuevo!" Mirando proclamaba la posibilidad de la belleza, la posibilidad de transformar la pesadilla en algo hermoso y noble. "¡Oh magnífico mundo, mundo nuevo!" Era un desafío, una orden.

-¡No empujar! -gritó furioso el Subecónomo interino.

Y cerró con fuerza la tapa de la cajita.

-¡Suspenderé la distribución si no os portáis correctamente!

Los Deltas murmuraron, empujándose un poco unos a otros, y callaron.

La amenaza había sido eficaz. Privación de soma, ¡qué espantosa idea!

-Ya vamos bien -dijo el joven, y volvió a abrir la cajita.

Linda había sido una esclava, Linda había muerto; otros vivirían con libertad, y el mundo tomaría hermoso. Era una reparación, un deber. Y, súbitamente parecióle al Salvaje que él podría hacerlo; era como si hubiese abierto una ventana, corrido una cortina.

-Vamos -dijo el Subecónomo.

Avanzó otra mujer caqui.

-¡Alto! -gritó el Salvaje con fuerte y sonora voz-. ¡Alto!

Se abrió paso hasta la mesa; los Deltas miraronle asombrados.

-¡Ford! -dijo el Subecónomo interino, quedamente-. ¡El Salvaje! Sintió miedo.

-Oídmeme os lo ruego -gritó con ardor el Salvaje-. "Prestadme oídos..."¹

1 Friends, Romans, countrymen, lend me your ears.

(Julius Caesar, III,2)

Jamás había hablado en público y hallaba mucha dificultad para expresar lo que quería decir.

-No toméis esa horrible droga. Es veneno, es veneno.

-Pienso, mñster Salvaje -dijo el Subecónomo interino, sonriendo propiciatoriamente-, que me dejaréis...

-Un veneno, así para el alma como para el cuerpo.

-Bien, pero déjame continuar la distribución, ¿no le parece? Sea bueno. Sea bueno....

Con la cautelosa suavidad de quien acaricia a un animal notoriamente resabiado, daba palmaditas en el brazo del Salvaje.

-Déjeme...

-¡Nunca! -gritó el Salvaje.

-Pero mire, amigo...

-¡Tire todo ese horrible veneno!

Las palabras "¡Tire todo ese....!" atravesaron las envolventes capas de incomprensión, llegando a lo vivo de la conciencia de los Deltas. Un colérico murmullo alzóse de la turba.

-Vengo a traer la libertad -dijo el Salvaje, volviéndose hacia los gemelos-. Vengo...

El Subecónomo interino no oyó más; se había escurrido del vestíbulo y estaban buscando un número en la lista de teléfonos.

- No está en su cuarto -resumió Bernard-. Ni en el mío, ni en el tuyo. Ni en el Aphroditoeum; ni en el Centro, ni en la Escuela. ¿Adónde puede haber ido?

Helmholtz se encogió de hombros. Habían vuelto del trabajo, esperando hallar al Salvaje aguardándole en cualquiera de los sitios acostumbrados, y no había rastro de él. Era desagradable, pues tenían intención de ir a Biarritz en el deporticóptero, de cuatro asientos, de Helmholtz. Llegarían tarde a la cena si no venía pronto.

-Esperemos cinco minutos más -dijo Helmholtz -Si no viene por aquí nos ...

Interrumpióle el timbre del teléfono. C cogió el auricular.

-Al habla. Diga.

Luego, tras escuchar un largo intervalo:

-¡Ford en el volante! -juró-. Voy ahora mismo.

-¿Qué pasa? -preguntó Bernard.

-Un amigo del Hospital de Park Lane -respondió Hemholtz-. El Salvaje está allí. Parece que se ha vuelto loco. Sea lo que sea, es urgente. ¿Vienes?

Corrieron juntos por el pasillo, hacia los ascensores.

-¿Pero os gusta ser esclavos? -decía el Salvaje cuando entraban en el Hospital.

Tenía rojo el rostro y sus ojos brillaban de ardor e indignación.

-¿Os gusta ser como bebés? Bebés, sordos y babosos -agregó, exasperado por su bestial estupidez, insultando a los mismos a quienes había venido a salvar.

Los insultos rebotaban en su caparazón de recia estupidez; le miraban con una vacua expresión de estúpido y avieso resentimiento en los ojos.

-¡Sí babosos! -gritó a voz en cuello.

Dolor y remordimiento, compasión y deber, todo lo había olvidado ya, arrebatado como estaba por un intenso y avasallador odio hacia aquellos monstruos infrahumanos.

-¿No queréis ser libres y hombres? ¿No queréis saber lo que son la hombría y la libertad? La rabia hacía fluido; las palabras acudíanle fácilmente, en continuo flujo.

-¿No queréis? -repetió, mas no obtuvo respuesta.

-Muy bien, pues entonces -dijo malhumorado-, yo os lo enseñaré; yo os haré ser libres, queráis o no queráis.

Y abriendo una ventana que daba al patio del hospital, empezó a tirar a puñados las cajitas de soma.

Por un momento, la turba caqui permaneció silenciosa, petrificada, a la vista de aquel audaz sacrilegio, con pasmo y horror.

-Está loco -murmuró Bernard, mirándole con los ojos desorbitados-. Le van a matar. Le van...

Un súbito alarido alzóse de la turba; una ola de movimiento lanzóla amenazadoramente hacia el Salvaje.

-¡Que Ford le ayude! -dijo Bernard, y apartó los ojos.

-¡Ford ayuda a quien se ayuda!

Y con una viva, con una auténtica risa de triunfo, Helmholtz Watson abrióse paso entre la multitud.

-¡Libres, libres! -gritaba el Salvaje, y con una mano seguía tirando el soma al patio, mientras, con la otra golpeaba los indistinguibles rostros de sus asaltantes-. ¡Libres!

Y de repente apareció Helmholtz a su lado.

-¡Bien, Helmholtz, bien!

Golpeando también Helmholtz, dijo:

-¡Hombres al fin y al cabo!

Y en el intervalo, lanzando también el veneno a puñados por la abierta ventana:

-¡Sí hombres, hombres!

Y ya no quedaba más veneno que tirar. Alzó la cajita, y mostróles su negro vacío.

-¡Y sois libres!.

Aullando, cargaron los Deltas con redoblada furia.

Dudando al margen de la lucha:

-Están perdidos -dijo Bernard y, acuciado por un súbito impulso, corrió adelante en su socorro; pero lo pensó mejor y paróse,; avergonzado, prosiguió adelante; de nuevo lo pensó mejor, y detúvose en una agonía de humillante indecisión, pensando que los podían matar si no les ayudaba, y que podían matarle si lo hacía. Entonces (¡bendito sea Ford!) ojirredondos y con el hocico de cerdo de sus máscaras contra gases, llegaron los policías.

Bernard lanzóse a su encuentro. Agitó los brazos; entraba en acción, hacía algo.

-¡Socorro! -gritó varias veces, cada vez más fuerte, para forjarse en sí mismo la ilusión de ayudar-. ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!

Los policías echáronle a un lado y comenzaron su faena. Tres hombres con pulverizadores sujetos a sus espaldas mediante correas, esparcieron por el aire espesas nubes de soma. Otros dos estaban ocupados en un aparato portátil de música sintética. Armados de pistolas de agua, cargadas con un poderoso anestésico, otros cuatro abríanse camino entre la multitud, dejando metódicamente fuera de combate, con un chorro tras otro, a los más fieros combatientes.

-¡Aprisa, aprisa! -chillaba Bernard-. Los van a matar si no andáis listos. Los...¡Oh!

Cansado de su cháchara, uno de los policías le había disparado su pistola de agua. Bernard estuvo tambaleándose durante uno o dos segundos sobre sus piernas, que parecían haber perdido sus huesos, sus tendones, sus músculos, haberse tomado meras barras de jalea, y luego, ni aún jalea: agua; y cayó en tierra como un fardo.

Súbitamente, desde el aparato de música sintética, comenzó a hablar una voz; la voz de la Razón, la voz de los Buenos Sentimientos. Desarrollábase el rollo sonoro en el discurso sintético número dos (potencia media) contra los motines, extraído de lo profundo de un inexistente corazón:

"Amigos míos, amigos míos" -decía la voz tan patéticamente, con un dejo de reproche tan infinitamente tierno que, aun detrás de sus máscaras contra gases, los ojos de los policías se arrasaron momentáneamente de lágrimas-. "¿Qué es esto? ¿Por qué no estáis unidos? ¿Por qué no sois felices y buenos?"

"Felices y buenos", repetía la voz.

"En paz, en paz".

Tembló volvióse murmullo y momentáneamente expiró.

"¡Oh!, ¡cuánto deseo que seáis felices!" recomenzó con un ardor convencido. "¡Deseo tanto que seáis buenos! ¡Sed buenos, sed bueno. lo ruego!..."

Dos minutos después la voz y los vapores del soma produjeron su efecto. Los Deltas se besaban y acariciábanse, llorando unos a otros, media docena de gemelos a la vez en un comprensivo abrazo. hasta casi lloraban Helmholtz y el Salvaje. Trájose el Economato una nueva provisión de cajitas; se hizo aprisa y corriendo una nueva distribución y, al son de las afectuosas despedidas abaritonadas de la voz, dispersáronse los gemelos, sollozando como si se les partiese el alma.

"¡Salud, amigos, queridos amigos! ¡Que Ford os guarde! ¡Salud, amigos, queridos amigos! ¡Que Ford os guarde! ¡Salid amigos, queridos amigos!..."

Cuando el último de los Deltas hubo salido, el policía cortó la corriente. La voz angélica calló.

-¿Vienen ustedes de buen grado? -preguntó el Sargento- ¿O habrá que anestesiarlos?

Y apuntóles amenazadoramente su pistola de agua.

-¡Iremos de buen grado! -respondió el Salvaje, restañándose alternativamente la sangre de un labio roto, un codo rozado y la mano izquierda mordida.

El pañuelo en su nariz que sangraba. Helmholtz afirmó con la cabeza.

Vuelto ya en sí y recobrando el uso de sus piernas, Bernard había aprovechado este momento para ir hacia la puerta, haciéndose lo menos visible que pudo.

-¡Alto ahí! -gritó el sargento y un policía, con su máscara de hocico de cerdo. cruzó corriendo la sala y púsole una mano en el hombro.

Bernard volvióse con expresión de inocencia ofendida. ¿Escapar? ¡Ni soñado había en tal cosa!

-Aunque, ¿para qué me quiere usted a mí? -dijo al sargento-. No se me ocurre para qué.

-Es usted amigo de los detenidos, ¿no es cierto?

-Bien....-dijo Bernard, y dudó.

No, en realidad no podía negarlo.

-¿Y por qué no había de serlo? -preguntó.

-Venga, entonces -dijo el sargento, y marchó hacia la puerta, y hacia el coche de la policía, que esperaba.

CAPÍTULO XVI

La habitación a la que se les condujo era el despacho del Inspector.

-Su Forderfa bajará dentro de un momento.

El mayordomo Gamma les dejó solos.

Helmholtz rompió a reír a carcajadas.

-Más parece esto una reunión, para tomar una solución de cafeína, que un juicio.

Y dejóse caer en el sillón neumático más lujoso.

-¡Anímate, Bernard! -agregó al tropezar con el semblante verdoso y triste de su amigo.

Pero Bernard no quería que le tranquilizaran; sin responder, sin mirar siquiera a Helmholtz, fue a sentarse en la silla más incómoda de la habitación, cuidadosamente elegida, con la oscura esperanza de aplacar de algún modo la ira de las potencias superiores.

El Salvaje, sin embargo, daba vueltas inquieto alrededor de la pieza, mirando con vaga, superficial curiosidad los libros de los estantes, los rollos de las máquinas de leer en sus numerosos columbarios. En la mesa, bajo la ventana, yacía un grueso volumen, encuadernado en flexible imitación de cuero, con grandes tes áureas estampadas. Cogióle y le abrió: *Mi vida y mi obra, por nuestro Ford*. El libro había sido editado en Detroit por la Sociedad para la Propagación de Conocimientos Fordianos. Perezosamente pasó las páginas, leyendo una sentencia aquí, un párrafo allá, y llegaba a la conclusión de que no le interesaba el libro, cuando abrióse la puerta y el Inspector Mundial de la Europa Occidental entró en la habitación con ligeros pasos.

Mustafá Mond dio la mano a los tres; pero se dirigió al Salvaje.

-Así, pues, no le gusta mucho la civilización, mñster Salvaje -dijo.

El Salvaje le miró. Había venido decidido a mentir, fanfarronear, encastillarse en su silencio; pero, tranquilizado por la inteligente simpatía del rostro del Inspector, decidió decir la verdad sin rodeos.

-No

Y meneó la cabeza.

Bernard se estremeció y miróle horrorizado. ¿Qué iba a pensar el Inspector? Estar fichado como amigo de un hombre que dice que no le gusta la civilización, que lo dice abiertamente y al Inspector en persona, era espantoso.

-Pero, John...-comenzó.

Una mirada de Mustafá Mond le redujo a un abyecto silencio.

-Sin duda -reconoció el Salvaje-, hay cosas muy agradables. Toda esa música aérea, por ejemplo....

-A veces mil sonoros instrumentos - acarician mi oído; otras, mil voces.¹

El rostro del Saivaje se iluminó con un súbito placer.

-¿También le ha leído? -preguntó-. Creía que nadie sabía nada de ese libro en Inglaterra.

-Casi nadie. Soy yo uno de los poquísimos. Está prohibido. Pero como yo hago aquí las leyes, puedo también quebrantarlas. Impunemente, míster Marx -agregó volviéndose hacia Bernard-, pero me temo que usted no pueda hacer otro tanto.

Bernard sumióse en un estado de mayor abatimiento aún.

-Pero, ¿por qué está prohibido? -preguntó el Salvaje.

Con la emoción de haber hallado un hombre que había leído a Shakespeare, olvidaba momentáneamente todo lo demás.

El Inspector se encogió de hombros.

-Porque es viejo; tal es la principal razón. Y aquí no usamos cosas viejas.

-¿Aún cuando sean bellas?

-Sobre todo cuando son bellas. La belleza es atractiva, y no queremos que el pueblo se sienta atraído por las cosas viejas. Queremos que le gusten las nuevas.

-Pero es que las nuevas son estúpidas y horribles. ¡Esas farsas en que sólo hay helicópteros volando por todas partes y donde se *siente* personas besándose.

Hizo una mueca.

-¡Cabrones y micos!

Sólo en las palabras de Otelo halló un adecuado vehículo para su odio y desprecio.

-Bonitos animales, no dañinos -murmuró el Inspector a guisa de paréntesis.

-¿Por qué no hacen que lean, mejor, Otelo?

-Ya se lo dije: es viejo. Por otra parte, tampoco entenderían.

Sí, era verdad. Recordó que Helmholtz se había reído de Romeo y Julieta.

-Bueno -dijo tras una pausa-, entonces algo nuevo que se parezca a Otelo y que puedan entenderlo.

-Eso es lo que todos hemos deseado escribir -dijo Helmholtz rompiendo un largo silencio.

-Y lo que jamás escribirán -dijo el Inspector-. Porque si realmente se pareciera a Otelo, ninguno podría entenderlo, aunque fuese nuevo. Y si era nuevo, no se podría parecer a Otelo.

-¿Por qué no?

-Eso es ¿por qué no? -repitió Helmholtz

Él olvidaba a su vez las desagradables realidades de la situación.

Lívido de ansiedad y aprensión, sólo Bernard recordábala, los otros no les hacían caso.

-Por qué no?

-Porque nuestro mundo no es el mismo que el de Otelo. No se pueden hacer automóviles sin acero, y no se pueden hacer tragedias sin inestabilidad social. El mundo es estable ahora. Las gentes son felices; tienen cuanto desean, y no desean nunca lo que no pueden tener. Están a gusto; están seguras; nunca están enfermas; no tienen miedo a la muerte; viven en una bendita ignorancia de la pasión y la vejez; no están cargados de padres ni madres; no tienen esposas, ni amantes que les causen emociones violentas; están acondicionados de tal suerte que, prácticamente, no pueden dejar de comportarse como deben de producirse. Y si cualquiera cosa no anda bien, ahí está el *soma*. Que habéis arrojado lindamente por la ventana en nombre de la libertad, míster Salvaje. ¡La Libertad! -rió-. ¡Esperar que los Deltas sepan lo que es la libertad! ¡Y ahora esperar que comprendan Otelo! ¡Pobre infeliz!

El Salvaje quedó un momento silencioso.

-A pesar de todo- insistió obstinadamente-. Otelo es bueno. Otelo es mejor que esas películas sensibles.

-Desde luego -dijo el Inspector-. Pero es el precio que hemos pagado por la estabilidad. Hay que escoger entre la dicha y lo que las gentes llamaban antaño arte sublime. Hemos sacrificado el arte sublime. Ahora tenemos las sensibles y el órgano de perfumes.

-Pero no tienen ningun sentido.

-Tienen su propio sentido; representan una porción de sensaciones agradables para el auditorio.

-Pero están....contadas por un idiota.¹

El Inspector se echó a reír.

-No es usted muy amable con su amigo míster Watson, uno de nuestros más distinguidos Ingenieros de emociones.

-Pero tiene razón- dijo sombríamente Helmholtz-. Es idiota. Escribir cuando no hay nada que decir....

-Precisamente. Ello requiere la más enorme habilidad. Hacéis autos con el absoluto mínimo de acero, obras de arte sin prácticamente otra cosa que sensación pura.

El Salvaje meneó la cabeza.

-Todo esto me parece horrible en absoluto.

-Desde luego lo es. La actual felicidad siempre parece muy menguada, en comparación de las compensaciones que brinda la miseria. Y, además, la estabilidad no es ni con mucho tan espectacular como la inestabilidad. Y el estar satisfecho no tiene el encanto de una denodada lucha contra la desgracia, ni el pintoresquismo de una pugna contra la tentación, o de una fatal derrota a manos de la pasión o de la duda. La felicidad nunca es grandiosa.

-Creo que tiene usted razón -dijo el Salvaje, tras un silencio-. Pero, ¿es necesario que sea tan horrible como esos gemelos?- Pasóse la mano por los ojos, cual si quisiese borrar el recuerdo de la imagen de aquellas teorías de idénticos enanos en las mesas de montaje, de aquellos rebaños de enanos formando cola a la entrada de la estación del monorriel en Brentford, de aquellos gusanillos humanos pululando alrededor del lecho de muerte de Linda, el rostro interminable repetido de sus asaltantes. Miró su mano izquierda vendada y se estremeció.

-¡Qué horrible!

-¡Pero qué útil! Veo que no le gustan nuestros grupos Bokanowsky; pero, le aseguro que constituyen el cimiento sobre lo que todo lo demás se construye. Son el giróscopo que estabiliza el avión-cohete del Estado en su inflexible marcha.

La voz profunda vibraba hasta taladrar los oídos; la gesticulante mano parecía representar la potencia y el espíritu de la irresistible máquina. La oratoria de Mustafá Mond rayaba casi tan alto como los modelos sintéticos.

1

Life is a tale

Told by an idiot, full of sound and fury

Signifying nothing.

(Macbeth, V.9)

-No comprendo por qué los tienen -dijo el Salvaje- pudiendo producir lo que se quiera en los envases ¿Por qué no hacen ustedes en cada uno un Alfa-Más-Doble, si se puede lograr?

Mustafá Mond se echó a reír

-Porque no tenemos malditas las ganas de hacernos retorcer el pescuezo -respondió-. Nosotros creemos en la felicidad y en la estabilidad. Una sociedad de Alfas no podría evitar el ser inestable y desgraciada. Imagine una fábrica donde todos fuesen Alfas, es decir, individuos diferenciados y sin parentesco, de buena herencia y acondicionados para ser capaces (con ciertas limitaciones) de escoger libremente y asumir responsabilidades. ¡Imagínela! -repitió.

El Salvaje trató de imaginársela, mas no con muy buen éxito.

-Es absurdo. Un hombre decantado para Alfa. acondicionado para Alfa se volvería loco si tuviese que hacer el trabajo de un Epsilon semienano, se volvería loco o se pondría a destruirlo todo. Los Alfas pueden ser completamente socializados, pero sólo a condición de que trabajen como Alfas. Sólo a un Epsilon se le pueden pedir sacrificios de Epsilon, por la sencilla razón de que no son sacrificios para él; es la línea de menor resistencia. Su acondicionamiento ha tenido los rieles por donde él ha de rodar. No puede impedirlo; está predestinado. Aun después de la decantación, está siempre en el interior de un envase, de un invisible envase de infantiles y embrionarias restricciones. Cada uno de nosotros, desde luego -continuó pensativamente el Inspector- cruza su vida dentro de un envase. Pero si somos Alfas, nuestros envases son, relativamente hablando, enormes. Y sufriríamos intensamente si nos viésemos confinados en un espacio más estrecho. No se puede echar el champaña artificial de las castas superiores en las botellas de la casta inferior. Es teóricamente evidente. pero ha sido demostrado también en la práctica. El resultado del experimento de Chipre fue convincente.

-¿Qué fue eso?

Mustafá Mond sonrió:

-Bien, puede llamarse un experimento de reenvasación, si gustáis. Acaeció en el año 473 de N.F. Los Inspectores hicieron evacuar la isla de Chipre por todos sus habitantes, y recolonizándola con una homada de veintidós mil Alfas preparada especialmente. Entregóseles maquinaria industrial y agrícola y dejóselas gobernarse por sí solos. El resultado cumplió exactamente todas las predicciones teóricas. Las tierras no se cultivaron bien, hubo huelgas en todas las fábricas; las leyes eran menospreciadas, las órdenes se desobedecían; todas las gentes destinadas a efectuar un trabajo de orden inferior estaban constantemente intrigando para conseguir otro mejor, y todos los empleados en los trabajos superiores contraintrigaban una guerra civil de primer orden. Cuando murieron diecinueve de los veintidós mil, los sobrevivientes pidieron unánimes a los Inspectores Mundiales reasumiesen el gobierno de la isla. Así lo hicieron. Y tal fue el fin de la única sociedad de Alfas que ha habido en el mundo.

El Salvaje suspiró profundamente.

-La población óptima -dijo Mustafá Mond-, es como el iceberg: ocho novenos bajo el agua y uno encima.

-¿Y son felices bajo el agua?